

LOS TRAJES TIPICOS COLOMBIANOS

Escribe JORGE MORENO CLAVIJO

Por el río grande de la Magdalena, junto con los conquistadores españoles, entraron a nuestro país las innovaciones europeas a los trajes de los habitantes de estas tierras tropicales. Mejor dicho, de esta América, que ellos encontraron organizada en comercios, lenguaje y costumbres que indicaban una cultura.

Fueron muy lentas las transformaciones experimentadas en el modo de vestir los indígenas. Estos, desconfiados por naturaleza, opusieron tenaz resistencia a todo lo proveniente del invasor, máxime que tenía las características de lo impuesto por la fuerza.

El español encontró que el habitante de las Indias cubría su cuerpo en la forma siguiente: una falda de tela gruesa llamada "Anaco", o sea una tira de noventa centímetros de ancho, que se envolvía en las caderas y se ajustaba a la cintura con el "Chumbe" o cinturón tejido en lanas y algodón de vistosos colores. El anaco lo usaban los hombres hasta la rodilla y las mujeres hasta el tobillo.

Estas últimas se tocaban la cabeza con la "Llilla" o mantilla rectangular que replegaban sobre la nuca y ajustaban con el "Tupo", o largo alfiler de oro vaciado, cuya parte principal iba adornada con elaborados dibujos. Los hombres llevaban, para protegerse del frío, largo poncho de lana que les llegaba hasta las corvas. La mayoría de la población lucía los pies descalzos, pero los caciques y gentes de pro calzaban la "Hushuta" o suela de cuero fijada al calcañar por cordones también de cuero que pasaban por entre los dedos.

En las tierras cálidas los conquistadores encontraron a los indios apenas con taparrabo y a las indias de anaco y desnudas de la cintura para arriba. El anaco era usado sobre la piel y solo cuando arribaron mujeres europeas a estas latitudes, fueron obligadas las indias a poner bajo la falda unas enaguas.

Curioso es que esta indumentaria se haya conservado casi intacta a través de los siglos y podamos verla todos los días por las calles bogotanas, colgada en los cuerpos de los indios huitotos que vienen a la capital a vender sus chucherías. Casi todos pisan descalzos el asfalto y la única prenda que los vincula a la vida ciudadana, es un sombrero de fieltro igual al que usa el caballero oficinista.

El nativo, a medida que corrieron los años, y como medida de higiene, empezó a usar una especie de calzoncillo primario consistente en dos tubos de tela cuya parte superior cruzaba sobre el vientre con la ayuda de cordones. Posteriormente fue evolucionando hacia el calzoncillo de amarrar en el tobillo, con botones y ojales. Y el primero se quedó para el bajo pueblo, dando origen a la definición peyorativa: "Esos calzones fondillosnes, sin ojales ni botones".

Colombia, durante mucho tiempo, estuvo dividida en tres grandes extensiones que abarcan lo que hoy está separado en departamentos, intencencias y comisarias. Son, por lo tanto, comunes los vestidos y costumbres en vastos sectores del país. Es lógico que el clima, las características raciales, las influencias de ambiente y en fin, los factores sociológicos, inciden poderosamente en los atavíos de los pobladores de cada región.

Antes de entrar en la descripción de los trajes típicos de cada departamento y de otros puntos del mapa colombiano, diré algo sobre nuestros tipos humanos. Los peninsulares traían en sus venas buena dosis de sangre vasca y mora que se fusionó con la aborígen. A esto debemos agregar el aporte de los negros africanos, traídos para el laboreo de las minas. En algunas regiones es notable la cantidad de estos últimos, como en los litorales atlántico y pacífico. En otras partes del interior, donde se ha hecho más rápidamente el mestizaje, se ha producido un conjunto humano de excelentes condiciones, donde prima el blanco.

Estos cruces, como es obvio, dieron resultados disímiles. El negro es sensual, extravertido y amante de la música. Los del altiplano son pausados, calculadores, introspectivos. Los antioqueños son rudos, francotes, de temperamento emprendedor. Los de Tolima y Huila, cautelosos, reservados y más alegres que los de Boyacá y Cundinamarca. Los de Nariño bondadosos y hospitalarios, conservan el modo de hablar, la cadencia, de sus vecinos ecuatorianos.

Este trabajo, que de ninguna manera pretende ser exhaustivo, se limita apenas a mostrar a los lectores el modo de vestir de algunos de los habitantes del territorio nacional.

En el departamento de Boyacá, el hombre se cubre con el sombrero de paja llamado "jipa"; ruana, que por lo general es de tonos oscuros; pantalones gruesos de pañete denominado "manta" y las suelas de fique con capellada, conocidas como "alpargatas". También las calza la mujer. Esta viste falda hasta el tobillo, de amplios vuelos y adornada en la parte inferior con dibujos y aplicaciones de varios colores. Bajo el blanco sombrero jipa, una corta mantilla de color oscuro. Así puede verse a los campesinos en las romerías a la virgen de Chiquinquirá y en las fiestas pueblerinas entonando coplas. En las inmediaciones del lago de Tota, zona notablemente fría del departamento de Boyacá, las gentes del lugar resguardan la cabeza, las orejas y la mandíbula, con un gorro de lana nombrado "montera". A la misa mayor del pueblo asisten las campesinas con blusas de encendidos colores, escotadas, de bordados y arandelas sobre el pecho. El hombre con camisa de cuello cerrado y botones sobre el lado izquierdo, en el sitio donde empieza la ribeteada pechera.

En las costas del Atlántico y del Pacífico, el hombre usa pantalones de algodón o de dril blanco o crema y camisa de cuello abierto. Por el ambiente marineró es común también la camiseta a rayas. No difiere, como puede anotarse, este atuendo de los usados en las tierras calientes de otras naciones latinoamericanas. Pero lo que sí es esencialmente colombiano, es el sombrero del litoral Caribe, llamado "bajeño", tejido en paja amarilla y marrón. La copa muy semejante a la del mejicano, pero el ala flexible cuenta hasta veinte vueltas. Es característica en la hembra la bata larga de tela floreada, con escote de bandeja. Sobre el cabello de crespos menudos un pañuelo rojo, blanco o verde, rematado sobre la frente con un nudo que deja las dos largas puntas en forma de antenas. El pie se defiende del cálido piso, con la cotiza de cuero.

En Antioquia, el hombre para defenderse del sol, se vale del sombrero de paja tejida y también del de fieltro. Al hombro siempre la mulera o ruana de tela blanca adornada con rayas rojas. Cruzado sobre el pecho el carriel, o más propiamente el "guarniel", cartera grande de cuero, que resume el alma de esta raza. En forma de fuelle, tiene en sus diversos compartimentos todo lo que necesita el arriero, el hombre que anda y desanda los caminos de la Montaña. Están siempre a la mano la navaja barbera, los tabacos, el espejo, la baraja, los dados, etc. Por sobre piedra y lodo, él anda con "abarcas" o "quimbas", suela de cuero que se ajunta con una correa por en medio de los dedos. Es la misma "hushuta" de que antes se habló, pero que recibe distinto nombre en esta parte de la nación.

Las mujeres realzan sus encantos con blusas de zaraza adornadas en el cuello y las mangas. Faldas amplias bajo las cuales llevan las enaguas blancas con encajes de bolillo, que se asoman indiscretos hasta casi rozar el tobillo. Igual es esta indumentaria en el departamento de Caldas, fundado por colonizadores antioqueños que dejaron allí una prolongación de su tierra en uso y costumbres. Estos dos departamentos se identifican plenamente.

El machete o peinilla, usado para abrir caminos en el campo, o para cortar la caña y la madera, es esencial en todas las regiones del país, sin caracterizarse especialmente en ninguna. El campesino lo carga, enfundado en vaina de cuero, sobre el cuadril izquierdo, aun en los días de fiestas cuando anda por el pueblo con su traje dominguero.

El sombrero de fieltro peludo llamado "castor", y que a veces, según las tonalidades recibe también los nombres de "panza de burro" o "Arajuato", define al habitante de los llanos orientales. En sus diarias faenas, que lo obligan con frecuencia a vadear los caños llaneros, usa apenas las cotizas. El clima no le permite sino el pantalón de dril y camisas de hilo, muy delgadas. Solo cuando arrima a los centros urbanos, calza las botas de media caña, dentro de las cuales mete la parte inferior de los pantalones. Además lleva el bayetón, larga ruana de doble faz, generalmente en colores rojo y azul. Las mujeres acostumbran la bata de tela, semejante a la de las costeñas; en las cabezas también los grandes pañuelos de seda en agresivos colores.

El departamento de Nariño brinda una nota de singularidad, no en la forma de los atavíos, pero sí en la calidad de los mismos. Así las alpargatas son de suela de fique, pero el empeine va cubierto por terciopelo combinado. Son muy del gusto femenino las alforzas, repetidas muchas veces a la largo del ruedo de las faldas, que cubren el "cuncho" o enagua de lana tejida a mano y adornadas con dibujos de varios colores, formados por el mismo tejido de la lana. Los blancos sombreros de paja —copa baja y ala corta— exhiben la gracia de cintas floreadas que en los días de viento azota el rostro de las mozas.

Lo pintoresco y característico en La Guajira es el traje de la mujer. Una bata de algodón sumamente ancha, que llega hasta los pies, con adornos del mismo tono de la tela, cobrando en esta forma cierta monotonía, que es precisamente su encanto. La parte posterior de la cabeza y algo de la espalda, son cubiertas por grandes pañuelos. Los hombres, en su discurrir cotidiano, no tienen nada de notable, pues el pantalón y la camisa son muy parecidos a los que gastan los habitantes de la costa atlántica. Pero en las señaladas fiestas, novios y maridos se visten con grandes telas pobladas de complicados dibujos, muy chillones en las tintas. A esto agregan coronas de cintas y plumas de aves. Danzan horas y horas al son de los tambores... los pies de las bailarinas se mueven con abarcas... y los ojos se van tras de las borlas de lana, hasta de veinte centímetros de diámetro, que cubren el empeine... y la música suena por horas y horas...

En Cundinamarca, Huila y el Cauca, son semejantes las formas de vestir a las de los habitantes de los Santanderes y Boyacá, variando apenas muy ligeros detalles como el pañolón en las mujeres, y el calzado en los hombres.